

«rey tiene que hablar con vos.» El arzobispo de Lyon, juntando las manos, exclamó: «Nuestra vida está entre las manos de Dios y del rey.» El cardenal y el arzobispo fueron desde luego encerrados en las celdas de los capuchinos, y desde allí conducidos á la torre de Moulins.

Enrique, informado de que la cosa estaba hecha, salió de su gabinete para ver la víctima; le dió un puntapié en la cara, como el duque de Guisa lo había dado al almirante de Coligny cuando la matanza de San Bartolomé. Contempló por un momento al de Lorena, y dijo: «¡Por Dios que es grande! y aun parece mas grande muerto que viviendo.» (L'ESTOILE.) Nuevamente le puso encima un pié, y hablando con Loignac, le preguntó si le parecía que estaba bien muerto. Entonces Loignac, cogiéndole por la cabeza, respondió á Enrique de Valois: «Señor, creo que sí, porque tiene el color de cadáver. De esta manera Enrique de Valois, traidor, pusilánime y cobarde, hizo morir á este magnánimo príncipe. Y creo que si cuando el rey le pisó hubiera Mr. de Guisa respirado solamente, habría aquel caído anegado de espanto junto á él.» (Vida y muerte de Enrique III.)

Los cortesanos menudeaban las burlas, insultando al hombre que habían adulado y llamaban el bello rey de París, nombre que le había dado Enrique.

Uno de los secretarios de Estado, Beaulieu, recibió orden de registrar al duque: le encontró una llave pequeña atada con cadena de oro alrededor de su brazo; en los bolsillos de los calzones una bolsa que contenía doce escudos de oro, y un billete en el cual estaban escritas por la mano del duque estas palabras: «Para sostener la guerra en Francia, se necesitan cien mil libras cada mes.» Un corazon de diamantes fue recogido de su dedo por Entragues. (MIRON.) «Los cuarenta y cinco le quitaron la espada, los pendientes de las orejas y varios anillos muy preciosos.» (Vida y muerte de Enrique III.) Beaulieu despues de efectuar el registro, y notando que el ilustre asesinado aun respiraba: «Monseñor, le dijo, ya que os resta un poco de vida, pedid perdón á Dios y al rey.» El rey era el que debía demandar perdón á Dios y al duque de Guisa; el hombre se lo hubiera concedido. «Entonces el príncipe de Lorena, sin poder hablar, dando un grande y profundo suspiro con voz ronca, entregó el alma al Criador, fue cubierto con una capa gris y encima puestas una cruz de paja.» (MIRON.)

Se encuentra en un folleto de aquel tiempo una anecdota poco conocida.

Se ha dicho que habiendo arrestado el rey á los principales señores católicos, mandó llevarlos á su presencia, y les manifestó el cuerpo del duque de Guisa, diciéndoles: «Señores, hé aquí vuestro rey de París vestido como merece.... Hecho esto, se condujo al príncipe de Joinville (Joinville), á quien de la misma manera el rey mostró el cuerpo muerto del dicho señor de Guisa, cuya vista afectó de tal modo el corazon del jóven príncipe, que creyó caer pasmado sobre el cadáver, cuando el rey le detuvo: al instante el jóven príncipe, no pudiendo besar á su padre para darle el último adios, comenzó á soltar una infinidad de palabras injuriosas contra sus asesinos: esto dió ocasion á que el rey mandara se le diese muerte, y hubiera sido ejecutado si Carlos, Monsieur, presente, que amaba con ternura al príncipe de Joinville, no se hubiese arrojado de rodillas ante el rey, suplicándole le encargara la custodia del príncipe, con condicion de presentarlo cuando á ello fuese requerido.» (Crueldades sanguinarias ejecutadas con la familia de monseñor el cardenal Guisa, etc.)

Dos horas despues, el cuerpo del duque de Guisa fue entregado á Richelieu, preboste de Francia, abuelo de aquel cardenal, que no perdonó á los gran-

des, antes bien los hizo morir por mano del verdugo.

El dia siguiente, el cardenal de Guisa fue muerto en la torre de Moulins á golpes de alabarda. Se puso de rodillas, se cubrió la cabeza y dijo á los asesinos, «Cumplid vuestra comision.» Eran cuatro y á cada uno se le habían dado cien escudos de propina. Los bonos de los setembristas eran de cinco francos; el precio de los jornales había bajado. El cardenal de Guisa era mas malvado, tenia mas resolucion, y tanto valor y ambicion como el duque, pero él la había puesto al servicio de su hermano mayor. Quince dias antes, la duquesa de Guisa había ido á París adonde la siguió madama de Montpensier.

Richelieu, acompañado de sus arqueros, se trasladó á la sala del tercer estado, se apoderó del presidente de Neuilly, de Marteau, preboste de los comerciantes, de Compan y de Cotteblanche, regidores de París; pero no había recibido la orden de hacer saltar la asamblea por las ventanas.

Enrique había agotado lo que le quedaba de vigor en el asesinato de los dos hermanos: no llamó su ejército de Poitou para marchar inmediatamente sobre París, y no se apoderó de Orleans. Cuando fué á ver á su madre despues del asesinato, y la dijo: «Señora ahora soy rey solo; no tengo compañero.» Ella le respondió: «¿Qué pensais haber hecho? ¿Habeis dado órdenes para la seguridad de las ciudades? Bien habeis cortado hijo mio, pero ahora es necesario coser; dijo aludiendo á lo que se acababa de hacer.» Catalina estaba moribunda, y espiró el 5 de enero de 1589 en Blois, donde era adorada y respetada como la Juno de la córte. (L'ESTOILE.)

El dia de la muerte de los Guisa y el siguiente, Enrique hizo arrestar al cardenal de Borbon; al príncipe de Joinville, á la duquesa de Nemours, y al duque de Nemours su hijo, al duque de Elbeuf, y al arzobispo de Lyon; los otros señores de la liga se salvaron con presteza. Todas las tiendas se cerraron y cayeron torrentes de lluvia. Los cuerpos del duque y del cardenal de Guisa, trasladados á una de las salas bajas del castillo, fueron descuartizados por el ejecutor de la justicia, despues quemados durante la noche, y sus cenizas arrojadas al rio. Un rey de Francia estaba acostado sobre la sala donde se ejecutaba esta carnicería, podia oír los golpes del hacha que despedazaba los cuerpos de sus grandes súbditos, y sentir el olor de la carne de las víctimas. Segun otra version mucho menos auténtica que la de Miron y la de Estoile, los cuerpos de los dos hermanos fueron puestos en cal viva. Madama de Montpensier, esperaba en París al fraile que debía desprenderse de sus brazos para ir á plantar su cuchillo en el vientre de Enrique III, como el duque de Guisa se había desprendido de los brazos de madama de Noirmoutiers para caer bajo los puñales de los guardias de aquel monarca.

En 1807, viniendo de la Tierra Santa pasé por Blois y visité el castillo, que estaba lleno de prisioneros de guerra. Un soldado polaco fue el que me enseñó las salas de los Estados, y la cámara donde el duque de Guisa había sido asesinado, y en cuyo pavimento creí ver rastros de la sangre. ¿Qué había sido de Enrique III, rey de Polonia? ¿Dónde estaba en aquel momento la raza de los monarcas franceses? ¿Dónde está ahora el que llevó sus soldados mas allá del Vístula, el que cambiando la faz de Europa, había hecho olvidar las mas grandes épocas de nuestra historia? El Loire hizo rodar las cenizas del duque de Guisa hasta aquel Océano que aprisiona las de Napoleón al otro lado de la tierra. De esta suerte los siglos se van borrando unos á otros. No queda mas que Dios para dar cuenta de todas las vanidades de las sociedades humanas.

Cuando llegó á la capital la noticia de la muerte de los dos hermanos, el primer momento fue de estupor y de espanto; pero bien pronto los partidarios de la

liga se sublevaron. Creado gobernador de París el duque de Aumale, hizo registrar todas las casas de los realistas y de los políticos; y prender á los sospechosos. El predicador Lincestre declaró que el villano Herodes (anagrama del nombre de Enrique de Valois), no era ya rey de los franceses. Obligó á los oyentes á jurar que derramarían hasta la última gota de su sangre, y gastarian hasta el último óbolo de su bolsa para vengar la muerte de los príncipes. El primer presidente de Harlay estaba sentado delante del púlpito; Lincestre apostrofándole dijo: «Levantad la mano, señor presidente, levantadla bien alto; aun mas alto para que el pueblo la vea.»

El pueblo arrancó todos los escudos de las armas reales, los rompió, los pisoteó y los echó al rio, destruyendo los magníficos monumentos levantados en la iglesia de San Pablo, á Saint-Mesgrin, Caylus y Maugiron. Casi todo el parlamento fue encerrado en la Bastilla y en la Consergeria por Bussy Le Clerc. Se obligó al presidente Brisson á dar audiencia; á Eduardo Mo'é, consejero de la córte, á llenar las funciones de procurador general; á Juan Lemaitre y Luis de Orleans, á aceptar las plazas de abogados del rey. Brisson depositó el 21 de enero, ante dos notarios, una protesta secreta contra todo lo que se le obligara á hacer ó decir contra los intereses del rey, precaucion y presentimiento de un hombre débil que no se sentía capaz de llenar todos sus deberes, y que sin embargo no carecia de valor para morir.

Enrique despachó un heraldo á los parisienses, que tuvo que volverse sin respuesta y con ignominia. La facultad de teología (es decir, segun Estoile, ocho ó diez sopistas ó tunos) absolvió del juramento de fidelidad á los vasallos.

Primum quod populus hujus regni solutus est et liberatus á sacramento fidelitatis et obedientie pre-fato Henrico regi prestito. Deinde, etc.

Sobre la petición acerca de viudedad de la duquesa viuda de Guisa, el Parlamento dió un decreto en la forma siguiente:

Decretos del tribunal soberano de los pares de Francia, dados contra los asesinos del cardenal y duque de Guisa.

«Vista por el tribunal, reunidas todas las cámaras, la solicitud presentada por la señora Catalina de Cleves, duquesa viuda de Guisa, tanto en su nombre como en el de sus hijos menores en calidad de tutora natural; alegando que el difunto señor de Guisa, par y gran señor de Francia, su marido, era hijo de un príncipe que llenó la tierra con el renombre de sus virtudes, tan útiles á la Francia que habiéndola extendido por el lado de Alemania, por la conservacion de Metz, la ha unido por la parte de Inglaterra al gran mar, su antiguo limite, por la toma de Calais y de otro sitio, librándola del terror de una plaza, reputada anteriormente como inexpugnable, por la ruina de Thionville. Despues habiendo trabajado felizmente por purgar el reino del veneno contagioso de la herejía, que lo había casi todo infestado y que estando casi para conseguirlo, fue alevosamente asesinado por los enemigos de Dios y de su Iglesia, dejando tres hijos, que se han mostrado verdaderos herederos de las virtudes de su padre y de su celo ardiente por la religion católica, apostólica, romana.

«Aquellos que quieren continuar siempre la disolucion de su primera vida y preparar el camino á la dominacion de los heréticos, no pudieron imaginar un medio mas propio que el asesinar alevosamente á los príncipes que se han mostrado siempre los mas celosos por el alivio del pueblo y la conservacion de la pura religion católica. Para la ejecucion de tal designio han jurado el pacto de union, y renovado las otras promesas de

seguridad, tanto por medio de juramentos solemnes como por otras simulaciones de benevolencia hechas hasta con imprecaciones llenas de horror despues de haber recibido la Santa Eucaristía. Finalmente, el 23 de diciembre el duque de Guisa, que asistía al consejo, fue llamado de parte del rey, y habiéndose levantado y dirigido sin mas armas que la espada, arma propia de su condicion, como el que no cree que se trame contra él una infame perfidia, fue cruelmente privado de la vida por muchos asesinos apostados expresamente para el efecto.

«La suplicante desea se mande informar á una comision nombrada en dicho tribunal y de su seno, acerca de los hechos referidos, circunstancias y requisitos y segun lo que resultara se decrete contra los que aparezcan culpables; procediendo en todo como fuese justo. Oido el procurador general y considerado todo por el dicho tribunal, reunidas todas las cámaras, accedió á la solicitud.»

Este decreto hizo renacer el poder soberano del tribunal de los Pares, aun sobre un rey y aquel rey era el rey legítimo, el rey de Francia, la informacion debía hacerse, contra los que resultasen culpables, estos culpables eran los asesinos y su jefe Enrique de Valois; en fin, el Parlamento aspiró á ser el tribunal de los Pares. Hé aquí la aristocracia entera resucitada, apoyada en el ardor popular y principiando su vida por el juicio de un rey; ¿qué mas ha hecho la democracia de 1793?

Por otra parte, Enrique III, haciendo morir á los dos Guisas había obrado conforme á los principios de la monarquía de entonces. Toda justicia emanaba del rey; el rey era el juez soberano; era tambien el poder constituyente y era asimismo el poder ejecutivo; hacia la ley y la aplicaba; disponia de la espada y de la mano de la justicia; tenia derecho de pronunciar la prision y de herir; un asesinato podia ser inicu; pero era legal. El despotismo está fundado en los mismos principios que la democracia: las expoliaciones y los homicidios alevosos son legales, siendo mandados por el pueblo soberano; las confiscaciones y los asesinatos son igualmente legales siendo ordenados por la monarquía absoluta.

Se ven aquí cara á cara la antigua aristocracia y la antigua monarquía con todos sus principios y todos sus inconvenientes.

Se hicieron unos solemnes funerales en el templo de Nuestra Señora por el duque y el cardenal de Guisa. Por todas partes se exponian sus retratos ó sus imágenes de cera taladrados con grandes puñales. Pasaban y repasaban procesiones en donde hombres, mujeres y jóvenes de ambos sexos marchaban mezclados y casi desnudos de iglesia en iglesia. «Aquel buen religioso, el caballero de Aumale ordinariamente se encontraba en ellas, arrojando al través de una cerbatana confites perfumados á las señoras á quienes regalaba refacciones, en las que la Santa Beuve no quedaba olvidada y mas de una vez solamente cubierta con una tela fina y un simple adorno en el cuello, se dejó conducir por debajo del brazo al través de la iglesia de San Juan, chichisveando con escándalo de muchos.» (L'Estoile.)

Pero nada fue mas notable que una procesion general de niños de ambos sexos, en número de cien mil, llevando cirios ardiendo que apagaban bajo los pies, diciendo: «Dios quiera que en breve la raza de los Valois sea enteramente extinguida!»

Los predicadores redoblaban sus invectivas contra el rey. «Ese tíoso, decia el doctor Boucher, está siempre cubierto á lo turco de un turbante que no se le ha visto quitar nunca ni aun al comulgar, para hacer honor á Jesucristo y cuando el desgraciado hipócrita parecia ir contra los raiters (caballería alemana) y llevaba un vestido al m. n. forrado y con broches de plata que significaban la buena inte-

«ligencia y conformidad que había entre él y aquellos diablos negros. Lo diremos de una vez, es un turco por la cabeza, un alemán por el cuerpo, un uiglé por la liga, un polaco por los pies y un verdadero diablo por el alma.»

Lincestre, cura de San Gervasio, declaró, el Miércoles de Ceniza, que él no predicaba el Evangelio; pero que predicaba «la vida, gestos y hechos abominables del perfido tirano Enrique de Valois... Sacó de su bolsillo un candelero del rey, que los Diez y Seis habían sustraído a los capuchinos y en el cual había sátiras grabadas y afirmaba eran los demonios del rey y que ese tirano adoraba como sus dioses.» (L'ESTOILE).

Enrique III había sido uno de los asesinos de la San Bartolomé; era religioso hasta la superstición: amaba los monjes y había establecido una nueva especie en París, los Fuldenses; pasaba una parte de su vida visitando las iglesias, en hacer procesiones y peregrinaciones con los pies desnudos y en hábito de penitente. Era gran enemigo de los reformados; había ganado contra ellos, con mucho valor, las dos batallas de Jarnac y de Moncontour; en fin, se había declarado jefe de la Liga. Nada de esto le valió, porque tenía contra sí el aborrecimiento de los sacerdotes que preferían a los Guisais. La manera con que estos consiguieron sublevar la opinión popular es una obra maestra de industria y de calumnia; predicaciones, libelos, grabados, todo se puso en juego. En una oración fúnebre del duque de Guisa, Muldrac de Senlis comparó a Enrique de Valois al rico avariento, diciendo: «A ese Enrique, hemos visto no solamente estar vestido de púrpura y escarlata, sino rodeado también de sus donceles, vestidos de lo mismo y aun más ricamente que él; le hemos visto llevar una vida disoluta y danzar completamente desnudo con una mujer (1) pública que había hecho venir expresamente de lejanos países.»

«No se trataba, dice otro escritor de aquella época hablando del rey y del duque de Espenon; no se trataba más que de vivir según la sensualidad; dejando atrás la virtud. Hoy (en secreto sin embargo) se encenagaban en una especie de libertinaje (2) y mañana en otra; ahora se hacían servir a la mesa en el gabinete por mujeres enteramente desnudas y luego se entregaban a nuevos actos escandalosos.»

Malos grabados representaban el Loire arrollando cadáveres con esta inscripción: *Estampa de las crueldades ejecutadas por Enrique de Valois contra los hombres de bien que no encontraron tolerable su modo de conducirse.* En otro grabado se veía una gran mano marcada con tres flores de lis, asiendo por los cabellos, con los dedos en forma de garra, una religiosa de rodillas delante de un crucifijo. La inscripción decía: *Representación de la virgen religiosa, violada en Poissy por Enrique de Valois.*

Otra mano deslizándose entre los barrotes, se extendía sobre una cruz adornada de diamantes y colocada en un cojín de terciopelo y se leía debajo de la imagen: *Diseño que representa el sacrilegio hecho por Enrique de Valois en la Santa Capilla de París.* Este príncipe estaba acusado de haber dicho mirando la corona de espinas de dicha capilla: «Jesucristo tenía la cabeza bien gruesa.»

El duque de Mayenne, instado por la hermana de la duquesa de Montpensier, había llegado a París. El consejo de la Unión lo declaró lugarteniente general del estado real y corona de Francia. París, muy diferente entonces de lo que era bajo el rey Juan en los tiempos feudales, comenzaba a tomar sobre la Francia compacta y nacionalizada aquel ascendiente que

(1) Mudo la palabra del texto.

(2) Mudo también la palabra del texto.

ha conservado; el resto del reino católico le imitó y se rebeló contra la autoridad de Enrique III.

Este príncipe había abierto los Estados en Blois el 16 de enero de 1589; después de haber dejado a Orleans, se retiró a Tours casi sin tropas. Llamó cerca de sí a los miembros fugitivos del Parlamento de París, de la contaduría mayor y del consejo de contribuciones, y comenzó las negociaciones con el rey de Navarra.

El Bearnés durante la permanencia de los Estados de Blois, había presidido la asamblea de las iglesias reformadas en la Rochela: hacia la guerra en Poitou y en la Saintonge, teniendo a la cabeza al duque de Nevers que mandaba las tropas reales; por consejo de Mornay publicó un manifiesto que tendía a contemporar con Enrique III y con la nación. En ese documento se echan de ver sus sentimientos, su carácter y su estilo. «¡Plugiera a Dios que yo no hubiera sido nunca capitán, puesto que mi aprendizaje debía hacerse a expensas de la Francia! Estoy pronto a pedir al rey, mi señor, la paz y el reposo de su reino y el mío. . . . Se me ha requerido frecuentemente mudar de religión; ¿pero cómo? con la daga en la garganta! . . . Si deseais simplemente mi salud, os doy las gracias; si no deseais mi conversión más que por el temor de que tengais algún día un juez que os contenga, os equivocais.»

El rey de Francia temía unirse al de Navarra. Su repugnancia habría sido fundada en política si hubiera sido jefe de la opinión católica, pero era el duque de Mayenne el que estaba entonces a la cabeza de esta opinión como hermano y sucesor del duque de Guisa. Sin embargo, llegó a establecerse concordia entre los dos reyes por la intervención de Diana, legitimada princesa de Francia, hermana natural de Enrique III. Se estipuló una tregua de un año, con cláusula de declarar conjuntamente la guerra al duque de Mayenne. El duque se presentó con un ejército y estuvo a punto de arrebatar a Enrique en la ciudad que le servía de asilo. La entrevista de Enrique III y del Bearnés tuvo lugar en Plessis les Tours el último día del mes de abril de 1589. El rey de Francia esperaba al rey de Navarra en los jardines del castillo de Luis XI. No tenía entonces ni cepos, ni precipicios, ni verjas de hierro, ni patibulos; pero sí un grande tropel de capitanes y de soldados ansiosos por ver aquel espectáculo de unión en medio de los aborrecimientos tan vivos que dividían a la Francia.

El Bearnés llegó: «En su comitiva ninguno llevaba capa ni penacho más que él; todos tenían banda y solo él iba vestido de soldado, con el jubón gastado en las espaldas y en los costados por el roce de la coraza. Los calzones eran de terciopelo color de hoja seca, la capa de escarlata, el sombrero pardo, con un grande penacho blanco.»

Los dos Enriques se estuvieron mucho tiempo sin poder acercarse a causa del tropel. En fin, el primer Borbon se echó a los pies del último Valois, que le levantó y abrazó llamándole hermano.

Enrique de Navarra escribió a Mornay: «La valla ya ha sido rota, no sin algunas advertencias de que si yo iba, sería muerto; pase el agua encomendándome a Dios.» Era casi la posición del duque de Guisa en Blois; pero la confianza del Acuchillado provino del desprecio y de la desesperación; y la de Bearnés de una conciencia sin tacha.

Los reyes avanzaron hacia París. La reunión del ejército protestante y del católico, bajo el mismo estandarte, cambió la naturaleza de los acontecimientos. Hasta entonces había sido posible que las guerras civiles religiosas llegasen a hacer una verdadera revolución. En tanto que los reformados tuvieron una bandera aparte, su marcha hacia el porvenir y la independencia de sus principios, podían causar una mudanza en la constitución del Estado; pero al punto que los católicos y los hugonotes se ordenaron bajo

un jefe común, el espíritu aristocrático republicano se perdió; la monarquía triunfó; las revueltas de la Francia no fueron más que una vulgar cuestión de personas y de desventuras estériles.

Tuvieron lugar varios pequeños combates. Los soldados del ejército de Mayenne obligaron a los sacerdotes a bautizar becerros, carneros y cerdos, dándoles nombres de carpas, sollos y barbos.

Enrique, excomulgado por el papa, recibió la noticia de la excomunión en Etampes. «El remedio para esto, le dijo el Bearnés, es vencer y seréis absuelto. Un gentil-hombre, enviado de parte del rey a madama de Montpensier, la declaró de parte de su señor, le contestaba que ella estaba entreteniendo el fuego de la sedición, y que si llegaba alguna vez a caer entre sus manos la haría quemar viva. Ella respondió: «El fuego es para los sodomitas como él.»

Los reyes vinieron a sentar sus reales delante de París; sus ejércitos reunidos, comprendidos los diez mil suizos traídos por Sancy, ascendían a cuarenta mil hombres. Enrique III tomó alojamiento en Saint-Cloud en la casa de Gondy. Contemplando la capital de Francia de lo alto de las colinas, decía: «París, cabeza demasiado gruesa para el cuerpo, tienes necesidad de una sangría para curarte.» (DÁVILA.) Jacobo Clemente puso fin a sus amenazas y a sus esperanzas; mató al rey de una cuchillada en Saint-Cloud el 1.º de agosto de 1589. «Podeis juzgar, monseñor, escribe un testigo ocular, cuál sería aquel lastimoso y miserable espectáculo de ver a un lado el rey ensangrentado con las tripas entre sus manos, y al otro sus buenos servidores que llegaban desconsolados uno tras otro, llorando y gritando.» (*Cartas de la Guesle.*)

Carlos de Valois, hijo natural de Carlos IX y de María Touchet, conde de Auvergne y duque de Angulema, había encontrado a Jacobo Clemente al ir a casa del rey. «Yo encontré aquel monstruo de fraile, dice en sus cortas Memorias, a quien la naturaleza había dado un aspecto tan execrable que más bien que cara de hombre podía decirse que tenía la facha de demonio.»

La hermana del duque de Guisa, la orgullosa Montpensier no había temido entregarse a aquel demonio para ponerle el puñal en la mano.

Enrique hizo levantar un altar frente por frente de su lecho; su capellán dijo la misa, en el momento de sus oraciones, Enrique pronunció estas palabras: «Señor Dios, si conocéis que mi vida es útil y provechosa a mi pueblo y a mi estado, conservadme y prolongad mis días, si no, tomad mi cuerpo y salvad mi alma; vuestra voluntad sea cumplida!» (*Certificados de varios señores.*)

El rey de Navarra llegó; Enrique III le tendió su mano: «Hermano mío, le dijo, ved cómo me han tratado vuestros enemigos y los míos; es preciso que tengais cuidado para que no hagan contigo otro tanto.» Enrique declaró que el rey de Navarra era su legítimo sucesor, é invitó a los señores presentes a reconocerle.

«No siento haber vivido poco, puesto que muero en Dios; sé que la última hora de mi vida será la primera de mi felicidad; pero compadezco a los que me sobrevivan, mis buenos y fieles servidores. . . .»

«Yo os conjuro, por la inviolable fidelidad que debéis a vuestra patria, y por las cenizas de vuestros padres, que permanezcáis firmes y constantes defensores de la libertad común, y que no dejéis las armas hasta que hayais limpiado el reino enteramente de los perturbadores del reposo público; y en tanto que la división mine los fundamentos de esta monarquía, tened buen cuidado de permanecer unidos por una sola voluntad. Yo sé y puedo responder de ello, que el rey de Navarra, mi buen hermano, le-

gitimo sucesor de la corona, es bastante instruido para reinar bien y mandar cosas razonables, y me prometo que no ignorareis la justa obediencia que le debéis. Dejad las diferencias de la religión hasta que reuniéndose los Estados del reino decidan sobre el particular y aprended de mí que la piedad es un deber del hombre hacia Dios, sobre quien el brazo de la carne no tiene poder. Adios, amigos míos; con vertid vuestro llanto en oraciones, y rogad por mí.» (*Historia de las últimas revueltas*, libro V). Enrique III espiró el miércoles 2 de agosto a las 2 de la noche, perdonando a los que habían comprado su muerte. (*Certificado de los señores.*)

Si había dolor en Saint-Cloud, lo que había en París era gozo: maldito aquí, bendito allá; admirado en un partido, deprimido en el otro; grande ó pequeño personaje aquí, y solo en el límite de un día; arrastrado del mausoleo a la cloaca, ó transportado de la cloaca al mausoleo: tal es la suerte de todo el que se ha creado un nombre en tiempos de facciones. Las verdaderas palabras de Enrique III en su lecho mortuario fueron graves y valerosas; los de la liga le atribuyeron otro lenguaje; de esta manera los revolucionarios consiguieron falsificar las Memorias de Clerly y pusieron en la boca de Luis XVI en el cadalso, expresiones innobles. Vendíase por las calles de París en 1589, *las lamentables palabras de Enrique de Valois* y en las cuales se le hacía decir: «Oh, Satanás! tú me servias al principio buen vino. . . . Ya está pronunciada mi sentencia, mi sepulcro y tumba prestos y preparados en las tinieblas para recibirme a causa de mis pecados. ¿Dónde está ahora la multitud de mis riquezas? ¿La numerosa comitiva de mis barones y caballeros? ¿Dónde están mis gendarmes y el orden de mis ejércitos? ¿Dónde está el aparato de mis delicias? ¿Dónde mis perros de caza? ¿Dónde mis ligeros caballos? ¿Dónde mis pájaros que tan dulcemente cantaban? ¿Dónde están mis espaciosas salas, tan ricamente pintadas y tapizadas? . . . Oh mis pecados y mis delicias! ¿es esto que me dais, lo que me habíais prometido? . . . Oh! ¿quién será mi leal amigo, mi débil apoyo en esta última necesidad, en esta tenebrosa hora de mi separación! . . . Estoy atormentado muy ásperamente por el intenso calor del fuego, por el furioso rigor del frío, por las tinieblas, por el humo, por el hambre, por gran sed, por el mal olor, por la horrible visión de los diablos, por sus gritos perpétuos y aterradores, y por mi mala y desgraciada conciencia. . . . Mis manos delicadas, que para no sentir el frío ni el ardor del sol, estaban en otro tiempo cubiertas de guantes; y mis brazos mórvidos y bellos, adornados así como mis pies de brazaletes, en suma, todo mi cuerpo sufre tormentos. Ya me veo disforme, miserable, pasible, apesadumado, oscuro. . . . Cosas tristes, desconsoladoras se me representan. . . . Permaneceré entre tormentos y en privación externa de la visión de Dios.»

Los partidarios de la Liga hacían de Enrique III un enemigo de Dios; y los revolucionarios hacían de Luis XVI un enemigo de la libertad.

El efecto de la muerte de Enrique en el campamento de los dos reyes, era representado a los parisienses con una mezcla de exaltación, de sarcasmo y de verdad propia para obrar sobre la multitud, como se ve por las siguientes líneas tomadas de un escrito de la época: «Las noticias de aquella pronta muerte fueron inmediatamente divulgadas por todo el campamento. Espenon lloraba como un becerro; los señores de la guardia quedaron mirándose unos a otros con los brazos cruzados; y los políticos que habían salado sus estados para conservarlos mejor, permanecían a tónitos; los suizos no dejaban de beber y aquellos que pensaban suceder en la corona, reían de corazón, maldiciendo a los de la liga y mas aun al pobre Jacobino, que después de muerto

»fue descuartizado por cuatro caballos y quemado. Os debe pensar el mal que sufriría, habiendo sido tratado así después de muerto. Su alma, sin embargo, no deja de subir al cielo con los bienaventurados; de la de Enrique de Valois me refiero á lo que él era.» (Disc. verdadero de la extraña y súbita muerte de Enrique de Valois.)

Cuando madama de Montpensier recibió la primera noticia del asesinato, saltó hasta el cuello del mensajero: «¡Ah! ¡amigo mío, bien venido seas! ¿Pero es cierto? ¡Aquel malvado, aquel pérfido, aquel tirano ha muerto? No siento mas que no haya sabido antes de morir, que soy yo quien mandé darle la muerte.» Corrió á casa de madama Nemours, su madre, montó con esta en una carroza y fué de calle en calle distribuyendo bandos verdes, color de una especie de duelo irrisorio consagrado á los locos. ¡Buena noticia, amigos míos! gritaba; ¡buena noticia! ¡El tirano ha muerto; ya no hay Enrique de Valois en Francia!» (L'ESTOILE).

Madama de Nemours, desde lo alto de las gradas del convento grande de los Franciscanos, arengó al pueblo. Se hicieron hogueras y fuegos artificiales; los predicadores canonizaron á Jacobo Clemente y se publicaron las actas del hermano mártir Jacobo Clemente, de la Orden de Santo Domingo. Se vendía á la multitud el retrato del fraile, con versos dignos del héroe:

Sixto V, en pleno consistorio declaró que el regicida Jacobo Clemente era comparable, por lo tocante á la salud del mundo, á la Encarnación y á la Resurrección, y que el valor del religioso jacobino sobrepasaba al de Eleazar y al de Judith. Aquel papa, tenía muy poca convicción política y demasiado número para haber sido sincero en esas comparaciones sacrílegas; pero le importaba envaleatona á los fanáticos, prestos á matar á los reyes en nombre del poder papal. El parlamento de Tolosa ordenó que tu viese lugar una procesion solemne todos los años, el día del asesinato del rey. (DUPLEIX).

Por lo demás, jamás puñalada alguna ha producido mas grande efecto ni revolucion mas súbita. Dispersó un ejército formidable que sitiaba á París; cortó una rama al árbol de San Luis, é impulsó otra rama real: hizo caer una corona católica en la cabeza de un príncipe hugonote, cuyo príncipe, abandonando el protestantismo, privó á los correligionarios de su jefe y desvaneció aquella especie de porvenir que podía nacer de la reforma.

Coligny, el condestable de Montmorency, el mariscal de Saint-André, Francisco de Guisa, y el primer cardenal de Guisa, los dos Condés, Enrique de Guisa, el cardenal su hermano y Catalina de Médicis ya no existían; así fue como los personajes mas notables bajo los reinados de Enrique II, Francisco II, Carlos IX y de Enrique III, desaparecieron antes y con el último príncipe de esta raza. El reinado de los Valois concluyó en Saint-Cloud el 2 de agosto de 1589 y comenzó el mismo día el de los Borbones que debía durar hasta el 31 de julio de 1830.

Ahora es esencial desarrollar de paso el cuadro de las costumbres desde Enrique II hasta Enrique IV, porque ofrece cosas que no se habían aun visto en Francia, y que acaso no volverán á verse nunca. Las orgías sangrientas de la república revolucionaria no reaparecerán: las costumbres, en las dos épocas, eran sintomáticas de hechos consumados.

El desarreglo y la crueldad son los caracteres distintivos de la era de los Valois.

En la jornada de San Bartolomé, sin hablar de la carnicería general, un hombre llamado Tomás, se vanagloriaba de haber asesinado ochenta hugonotes en un solo día. Cocenas espantó al mismo Carlos IX con su relacion; había rescatado treinta hugonotes

de las manos del pueblo y los había muerto á pequeñas estocadas, después de haberles hecho abjurar de su fe bajo promesa de la vida. El perfumista de Catalina de Médicis, «hombre sumergido en toda clase de crueldades, iba á las prisiones á dar puñaladas á los hugonotes y no vivía mas que de asesinatos, latrocinios y envenenamientos.»

Se mantenían asesinos á sueldo como individuos de la servidumbre doméstica; los tenían los Guisas, los Châtillones, los reyes y en una palabra todos los que los podían pagar, y estos asesinos conocidos, nunca ó muy rara vez eran castigados. Habiendo ido á comer Carlos IX, su hermano, rey de Polonia (después Enrique III), Enrique, rey de Navarra y el bastardo de Angulema, á casa de Nantouillet, preboste de París, le robaron la vajilla de plata. Este mismo día Nantouillet había escondido en su casa cuatro asesinos para cometer un homicidio que ejecutaron. Estos cuatro hombres creyéndose descubiertos al oír la bulla que hacían los convidados, se prepararon á salir del sitio en que estaban escondidos con pistola en mano.

Margarita de Valois hizo matar á puñaladas en su cama á Guast, favorito de Enrique III.

Además de los asesinos asalariados, había otros llamados bravos que se provocaban entre sí y renovaron escenas de los gladiadores galos. Estos que por lo regular eran jóvenes de noble familia que se ponían al servicio de algun gran señor, pasaban los días en las salas bajas del Louvre, ejercitándose en la esgrima, ó salían al campo á saltar los fosos y á manejar la pistola y la daga. Los amigos se estrechaban con juramentos terribles; cuando un amigo estaba ausente, el otro se vestía de luto, dejaba crecer la barba, se abstenia de toda diversion y parecía sumido en una melancolía profunda. Las mujeres entraban en aquellas asociaciones romancescas; á una mera insinuacion de su querida había hombres que se precipitaban en un río sin saber nadar, se entregaban á las bestias feroces ó se despedazaban á puñaladas.

Se jugaba con la muerte: Enrique III llevaba un largo rosario, cuyos granos eran cabezas de muerto y que él llamaba el látigo de sus grandes jacas. También tenía pequeñas cabezas de muerto pintadas en las cintas de sus zapatos. Si alguno lo hubiera imaginado, se habría transformado el bosque de Boulogne en un cementerio, que hubiera venido á ser lo que es hoy el cementerio del Este. Margarita de Valois y la duquesa de Nevers ordenaron se les llevarán las cabezas de Coconas y de La Mole, sus amantes decapitados; las besaron, las embalsamaron y las regaron con sus lágrimas. Vi lequier mató á su mujer porque no quería prostituirse á Enrique III. Simiers mató á su hermano, caballero de Malta, á quien amaba su mujer. Baleins condenó á muerte en su castillo á un joven que había seducido á su hermana; la sentencia fue redactada por un supuesto escribano en sentido burlesco hácia el tribunal de justicia; Baleins pronunció la sentencia y la ejecutó. Un soldado corso llamado San Pietro, extranguló á Vanina su mujer, diciendo: «¿Qué importa al rey, qué importa á la Francia la buena ó la mala inteligencia de Pedro con su mujer? Pedro permaneció estimado é impune.

Todos los días había encuentros de ciento contra ciento, de doscientos contra doscientos, como en la edad media de Italia; á cada instante había duelos de uno contra uno, dos contra dos, de cuatro contra cuatro; los de Caylus, Maugiron, Entragues, Riverrac, Schomberg y Livarot se cuentan entre los mas famosos.

Bussy d'Amboise había amado á Margarita de Valois, como se echa de ver manifiestamente en sus Memorias. Adherido al duque de Anjou, Bussy insultaba á los donceles del rey incesantemente. «Entrando en la cámara real con la gracia que le era natural, el

rey le dijo que quería estuviere acorde con Caylus...» Bussy le respondió: «Señor, si quereis que le bese, estoy dispuesto. Y acomodando el gesto á las palabras, le abrazó grotescamente.» (MARGARITA DE VALOIS.)

Bussy tenía una intriga con la mujer de Carlos de Chambres, conde de Montsereau, gran montero del duque de Anjou, y hablaba de ella en una carta que escribía á este príncipe, diciéndole que tenía en sus redes la cierva del gran montero. El duque de Anjou enseñó esta carta á Enrique III, quien aborreciendo á Bussy, la comunicó al marido ofendido. Montsereau obligó á su mujer á dar una cita á Bussy en el castillo de Constancieres y lo hizo asesinar allí. Bussy, gobernador de Anjou, era abad de Bourgueil y su mensajero de amor era el lugarteniente criminal de Saumur. «Tal fue el fin del capitán Bussy, de un valor invencible, alto, fiero y audaz; tan valiente como su espada... pero vicioso y poco temeroso de Dios; lo cual causó su desgracia, no habiendo aun llegado á la mitad de sus días, como sucedía á los hombres sangrientos como él.» Bussy, feroz actor de la San Bartolomé, degolló aquel día á Antonio de Clermont, su pariente, con quien tenía un pleito. «Todos aquellos espadaachines, dice L'Estoile, no creían en Dios mas que á beneficio de inventario.»

El vizconde de Turenna, que posteriormente fue mariscal de Bouillon, teniendo por segundo á Juan de Gontaut, baron de Salignac, se batió en el campo de Agen contra Juan Durfort de Douras-Ranzan, y Jacobo de Duras, su hermano. El vizconde de Turenna recibió traidoramente diez y siete heridas. Ranzan fue acusado de haber llevado una cota de malla bajo sus vestidos, ó de haber apostado diez ó doce hombres que asaltaron durante el combate al vizconde de Turenna.

Lo mismo que en las proscripciones romanas, se mataba para confiscar los bienes, sin formacion de causa y sin que hubiera diferencia entre vencidos y vencedores. «En aquel tiempo, la buena dama Catalina, por favorecer á su doncel de Reitz, que quería tener la posesion de Versalles, hizo extrangular en una prision á Louencie, secretario del rey, á quien pertenecía aquella posesion, é hizo morir también algunos otros para recompensar á sus servidores por medio de confiscaciones.» (L'ESTOILE.)

Esta crueldad de las costumbres privadas se reproducía en la guerra. Alfonso Ornano, hijo del Corso, San-Pietro, ejecutaba el mismo las sentencias de muerte que pronunciaba contra sus soldados. Habiendo faltado uno de sus sobrinos á cierto deber militar, vino á comer con su tío: Alfonso se levantó, le dió de puñaladas, se lavó y se volvió á sentar á la mesa.

Montluc, del partido católico, dice en sus Memorias: «Yo tomé á mi servicio dos verdugos, los cuales se llamaron después mis lacayos, porque estaban frecuentemente conmigo. Se podía conocer por donde yo había pasado, porque en los árboles y en los caminos, aparecían las señales... Enseñaba á sus hijos á ser como él y á bañarse en la sangre que su hijo primogénito no escaseó en la jornada de San Bartolomé. Este hombre feroz, fue herido en el asalto de Rabasteins, de un tiro de arcabuz que le taladró las mejillas y le llevó una parte de la nariz; escondió bajo una máscara, el resto de su vida, aquellas facciones mutiladas á la manera de sus víctimas y tuvo intencion de acabar sus dias en una ermita en lo alto de los Pirineos, como los osos.

Su rival en ferocidad entre los calvinistas era el baron de Adrets: «De mirada feroz, nariz aguileña, cara delgada y enjuta, y marcada con manchas de sangre negra.» (De Thon.) En Montbrison se divertía en hacer saltar de lo alto de una torre los prisioneros que había hecho. Uno de ellos dudaba; tomó dos veces carrera para saltar y se detuvo; Adrets ex-

clamó: «Ya es demasiado dos veces.—Saltad vos tomando diez veces carrera» respondió el prisionero. Echase de ver en esta ironía el carácter del soldado francés.

La ciudad de Niort fue sorprendida por los reformados. «Pasando de los límites de toda barbarie y crueldad, después de haber cogido á los sacerdotes de la poblacion, y viendo que uno de ellos, á pesar de cierto tormento que le dieron, no queria separarse de su religion, después de haberle atado como verdugos, le abrieron el vientre estando vivo en presencia de los demás sacerdotes y sus escuderos le arrancaron las entrañas y las arrojaron á la cara de los otros, á fin de intimidarlos y hacerlos renegar de Dios... Ejercieron la mas grande crueldad que se podría ejecutar en la persona de una mujer que despreciaba sus crueldades, la cual habiendo visto morir á su marido, que combatía por la fe católica, queriéndoles reprender la barbarie que cometían, la cogieron y ataron, amenazándola con la muerte si no renegaba de la misa. Aquellos verdugos, viendo su constancia, escogitaron una muerte que los diablos mismos no habrían ideado: llenaronle el vientre de pólvora por la natura y le dieron fuego, haciendo por este medio romper y saltar los intestinos y dejándola morir en semejante martirio.»

El condestable de Montmorency, pagaba mal por mal: «se decia en los ejércitos que era preciso guardarse de las oraciones de monseñor el condestable, porque diciéndolas ó murmurándolas, exclamaba: «Id á colgar á fulano; atadle á un árbol, y pasadle con picas en este momento ó arcabuceadlo delante de mí; cortad en pedazos todos esos pillos que han querido echar el reto contra el rey; quemad aquella ciudad; echadlo todo al fuego un cuarto de legua en contorno.»

Las costumbres de Enrique III y de su corte no se parecían en nada á lo que hemos visto hasta aquí en la historia de Francia; se encuentra otra vez con asombro, en medio de la sociedad moderna, una especie de Eliogábalo cristiano. Los perros pequeños, las cotarras, las vestimentas de las mujeres, los donceles y las procesiones de penitentes, llenan con los duelos, los asesinatos y los hechos de armas, las páginas del reinado de este monarca, tan distante de los reyes feudales.

«Enrique III daba justas, bailes, torneos y máscaras, donde se encontraba ordinariamente vestido de mujer. abría su jubon, descubría su garganta y llevaba un collar de perlas y tres cuellos de tela, dos rizados y uno liso, como las damas de la corte.»

En un festin suntuoso, las mujeres vestidas con traje de hombres, hicieron el servicio; y en otro festin, las mas bellas y honestas de la corte, medio desnudas y con los cabellos sueltos, fueron empleadas en el servicio del banquete.

«A pesar de los asuntos de la guerra y de la rebelion que el rey tenía delante de sí, iba ordinariamente en coche con la reina, su esposa, por las calles y cascas de París, á coger los perritos que les agradaban; de esta manera pasaban por todos los monasterios de mujeres en las cercanías de París haciendo semejantes cuestaciones de perros pequeños con grande sentimiento de las damas que los tenían; se hacía enseñar la gramática y aprendían á declinar.»

«El nombre de doncel, dice L'Estoile, comenzó entonces á andar en boca del pueblo (1576) y á ser mirado con odio, tanto por los modales altaneros de aquellos jóvenes, como por sus costumbres afeminadas y los dones inmensos que recibían del rey; aquellos donceles llevaban el cabello largo y rizado, pequeños bonetes de terciopelo como las mujeres y cuellos alechugados del largo de medio pié, de modo que al ver sus cabezas sobre los cuellos podía creerse